De advertir es que Mariana daba realce á su pobreza con la más exquisita limpieza, que brillaba en toda su persona y en cuanto tenía para su uso.

«La caridad lo cree todo» al decir del Apóstol, y Mariana, como cualquier justo, vivía de la fe. De ahí v. g. su devoción á la Santísima Trinidad, al Padre Eterno, al Verbo Encarnado y al Espíritu Santo; de ahí también su ardiente deseo de pasar á los países de los infieles para predicar la fe del Redentor y aun sellarla con su sangre. Si bien era favorecida con visiones y éxtasis, no tuvo otro norte de su vida que las luces de la fe; suplicó encarecidamente al Señor, ser conducida por la senda estrecha y obscura de la fe, y no por el camino ancho y fácil de las revelaciones. Escuchaba con avidez santa é insaciable la palabra de Dios, y no se excusaba de asistir á las predicaciones sino por imposibilidad. Su fe inquebrantable y ciega la ilustraba mediante asiduas meditaciones y lecturas de las vidas de los Santos. No solamente creía, sino que esperaba con firmeza y confianza ilimitada la felicidad del cielo y los medios para obtenerla. De ahí provinieron tantas gracias, tantos portentos que obtenía con un movimiento de sus labios, un deseo de su corazón.

Por fin, la angelical solitaria y penitente llegó á lograr la perseverancia. Vencerse un día, dos días, un mes es llevadero, mas vencerse á todo instante, durante toda la vida, es cosa sobrehumana, que ha desalentado á muchos. Nuestra heroína perseveró en la cruz y en la oración hasta el último suspiro.

¿De dónde le vino tanto valor? Del amor, que es fuerte é invencible como la muerte.

Refiere la Escritura que Dios puso en medio del paraíso terrenal un árbol maravilloso, llamado árbol de vida. Permite, piadoso lector, que Dios plante en el jardín de tu corazón el árbol de vida, esto es: la divina caridad, y darás muchos frutos de virtudes, buenas obras y méritos, frutos en fin de vida eterna.

CAPÍTULO XLI.

CONCLUSIÓN.

SUMARIO. El rostro de la santa. — El nombre de la santa. — El monograma de Cristo. — Una oración.

ANTES de terminar este libro, queremos transcribir aquí la descripción que el Padre Butrón nos hace del rostro de la angelical virgen, descripción que el lector podrá verificar en el retrato que encabeza esta Vida. «Era su rostro algo abultado, pero en proporción agradable, apacible, cariñoso y de color muy blanco; los ojos negros, grandes y rasgados; la frente no muy espaciosa ni demasiado estrecha; las cejas negras, tendidas y pobladas; las mejillas teñidas de un dulce color de rosa, que fué el que puso su Esposo Jesucristo y pintor divino por disfraz á su penitencia; la nariz delgada con moderación y la boca pequeña.»

Empero *toda la gloria de aquella hija del Altísimo estaba en su interior,* en su espíritu y en su corazón;

de ella diría Dios lo mismo que de la Esposa de los Cantares: «¡Oh! ¡qué hermosa eres en tu alma!»

Llámase nuestra santa *Mariana de Jesús;* represéntasela con una azucena y con el monograma de Cristo Salvador nuestro sobre el pecho: tres cosas que pregonan la santidad de la preclara virgen. *Mariana de Jesús:* luego es de Jesús todo su ser: su cuerpo con los cinco sentidos, y su alma con las potencias intelectuales; de Jesús son todos sus actos, así interiores como exteriores; de Jesús, porque hizo causa común con el Redentor, inmolándose y orando como él y por el mismo fin. La *azucena,* nacida de su sangre virginal, nos representa su pureza hermanada con el sacrificio y la penitencia. Por fin, el *monograma de Cristo Salvador nuestro,* sobre el pecho, es como un sello divino puesto sobre el corazón de Mariana, para indicar que es propiedad exclusiva de Jesús, Esposo de las vírgenes.

Mariana de Jesús, Azucena de Quito, con el sello de Cristo sobre el pecho: tres cosas que se pueden expresar con una sola palabra, salida del corazón de sus contemporáneos y repetida desde entonces de generación en generación, y que de esperar es que muy en breve pronunciará el Vicario de Cristo y escribirá en los fastos de la Iglesia: la *Santa.*

Hija de Adán y nacida con la culpa, fué engendrada á la vida divina por las aguas del bautismo. Llegando al uso de la razón, hizo redituar merced á su esforzada cooperación el capital de gracias que Dios pusiera á su disposición. Mariana no nació santa, ni fué santificada exclusivamente por el Espíritu Santo,

sino que ella se hizo santa, mediante la gracia, que siempre buscó é imploró, y siempre usufructuó.

De ahí una gran enseñanza que deberíamos grabar en nuestra mente, meditar de continuo é inculcar á nuestros hermanos en el Señor. La acción de Dios y la cooperación del hombre son los dos agentes indispensables de la santificación y salvación. ¡Cuántos, por olvidar este principio fundamental, abandonan al Espíritu Santo todo el cuidado de su perfección y, cruzándose de brazos, pretenden, cual corona de justicia, las eternas recompensas! Impetremos la gracia; apoyémonos en ella, y subiremos gradualmente la escala de la santidad, hasta la clara visión de Dios en la Jerusalén celestial.

Lector benévolo, al poner punto final á esta obra, recemos juntos la oración que la Iglesia ha compuesto para la fiesta de nuestra santa:

¡Oh Dios, que en medio de la seducción del mundo quisisteis que la Beata Mariana de Jesús floreciera, por su virginal castidad y continua penitencia, como lirio entre las espinas! Os rogamos, por sus méritos é intercesión, nos concedáis la gracia de que vivamos alejados de todo mal, esforzándonos por conseguir la perfección de la santidad. Por Nuestro Señor Jesucristo, Hijo vuestro, que con Vos vive y reina en unidad del Espíritu Santo, Dios, por todos los siglos de los siglos. Amén.